
El mandarinato exige sumisión (1)

GREGORIO MORÁN

03/05/2015



Como vivimos en tiempos donde la mediocridad se considera *cool* y la parla de los idiotas se denomina “corrección política” resulta lógico que en el fragor de tanta rosa y tanto aspirante a mandarín se nos haya pasado que el 23 de abril, aniversario con toda probabilidad equivocado del fallecimiento de Cervantes, ocurrió algo insólito en nuestro mundo literario.

Un escritor de Barcelona, poco respetado por la ciudad porque como es sabido hay que empezar diciendo que somos la hostia y que tenemos literatos, poetas, ensayistas, sociólogos capaces de ganar todos los premios si no fuera por la envidia y el miedo que nos tienen. Sólo nos falta un Nobel. Bastaría con que algún agudo reportero, eso sí, patriota, hiciera las cuentas de cuánto se gastó, a nuestra costa, aquel Molt Honorable rapiñelo y comisionista, en traducir y promover en Suecia las obras de aquella gran pluma de avestruz que fue Baltasar Porcel.

Pues bien, Juan Goytisolo, barcelonés de 84 años, cuyo sólo nombre provoca flatos y flemas de odio o desdén en esta ciudad, a la que elogió Cervantes y de la

que recibió el desprecio de su más acendrada institución cultural, Òmnium, dicho sea sin ofender a los conversos. Cuando hace años este mismo periódico, *La Vanguardia*, dedicó una encuesta a valorar el *Quijote*, una notable figura de esa cultura salida de la explotación charnega, el sopicaldo y la colonia barata, exclamó urbi et orbe que *El Quijote* era un libro ínfimo comparado con *Tirant lo Blanc* (cito de memoria).

Premio Cervantes 2014, el más peleado de la lengua castellana y tan otorgado a pelafustanes y cucañeros, le fue concedido a Juan Goytisolo, y le correspondía, pues, intervenir ante las instituciones, civiles, militares, y delincuenciales. Fue la hostia. Nosotros, siempre tan nuestros, estábamos entre la rosa y el best seller, y eso ocurría en Madrid, pasado el Ebro y la Franja de Poniente.

Primero fue la ruptura con el protocolo, o con los protocolos, que fueron muchos. El protocolo se inventó como exigencia de los poderosos para humillación de los gentiles; un ritual que marca distancias. Ha de vestirse de pingüino para la ocasión porque los señores tienen por costumbre hacerlo en sus celebraciones y si te admiten por una vez entre ellos es para que los imites, no para que te diferencies. Juan Goytisolo se presentó con una chaqueta verde suave, corbata rayada a juego y pantalón gris oscuro.

El homenajeado era él, por su dilatada obra literaria, y no los Reyes, ni el ministro Wert, ni el avieso misacantano y preboste de la dinastía de los trepadores literarios ágrafos y con fortuna, don Víctor García de la Concha, presidente ayer de la Real Academia y hoy del Instituto Cervantes, entre otras regalías. ¡Horror! Goytisolo empezó su disertación titulada *A la llana y sin rodeos*, y en verdad que lo cumplió. Ni el ritual agradecimiento a sus majestades y demás autoridades allí presentes. Sólo una evocación a su maestro Francisco Márquez Villanueva, español cervantino, estudioso de aquella época gracias a que vivió en EE.UU. y que derramó sus saberes, a lo que sé, sin mucho éxito, entre el ganado académico hispano.

Tercera y brutal ruptura con lo protocolario. El lenguaje de su intervención y el decoro de su tiempo. ¡Diez minutos!, tres folios, algo tan insólito para la farragosidad del gremio mandarinesco, que dejó al personal tan descolocado que el propio ministro Wert, que se había hecho preparar una intervención estelar para manipular los versos de viejos amigos del homenajeado y despreciables enemigos de personajes como él -Gil de Biedma y Ángel González, poetas-, no sabía a qué carta quedarse. No ganamos para idiotas, crecen más que las setas y aunque no llueva.

Juan Goytisolo constituye, en mi opinión, la tercera anomalía literaria de nuestra ninguneada cultura del siglo XX. En su contundente intervención, sin fisuras ni mangoneos churriguerescos, introduce un neologismo con fortuna: "cervantear". Pues ahí está el eje vertebrador de nuestra mejor literatura. Escribir porque hace falta y se quiere y se ha sentido, y no para la gloria de la que el propio Cervantes nunca disfrutó. "Volver a Cervantes y asumir la locura de su personaje como una

forma superior de cordura, tal es la lección del Quijote". Es lo que los del Òmniun Cultural no entenderán nunca porque está fuera de su alcance mental y de las aspiraciones de su patrimonio intelectual. Por eso esta sociedad local nuestra está demediada entre la frivolidad y la frustración de una mediocridad sin asumir, metida aún en el armario de las vergüenzas.

Decir ante aquel personal apingüinado que "nuestra marca España vive hoy bajo el umbral de la pobreza", o que aspirar a "ser noticia" constituye una expresión obscena expresamente indicada para los parásitos de la literatura. Y para terminar, un colofón audaz y temerario: "Digamos bien algo que podemos. Los contaminados por nuestro primer escritor -Cervantes- no nos resignamos a la injusticia".

Conforme le vieron venir, con chaqueta y corbata, tranquilo y sombrío, poco locuaz, atento pero despistado, subiendo al altar mayor, que es lo que parece el púlpito del paraninfo de Alcalá de Henares, flanqueado por dos maceros en traje de gala, y así que empezaron a escucharle se les erizaron los cabellos y alguna peluca. El alcalde de Alcalá de Henares, un cenutrio del PP, Javier Bello -confío que no sea descendiente de aquel gran periodista hoy olvidado, como tantos, Luis Bello, que no era alcalaíno pero sí de la Castilla profunda, Alba de Tormes, y es sabido que la especie se deteriora mucho-, tras contemplar el espectáculo llegó a la conclusión que el mundo, es decir, su mundo se había vuelto loco. Unos reyes jóvenes charlando con un tipo ataviado de menestral chaqueta verde, fuera de todo protocolo, sin dar las gracias a nadie, principio capital para que el mandarinato adquiriera esa categoría que el gran Camilo José Cela hubiera podido resumir en un juego de abalorios que rompía con la costumbre, que no siempre es la tradición: donde cago no pago.

Y el alcalde Javier Bello, en su desconsuelo ante el mundo que viene y que el flanero Rajoy no sabe afrontar, oyó, con esos oídos atentos al poder y sus protocolos. "Un discurso demoledor, donde mentó a Podemos ¿y usó la palabra mierda ¡dentro del paraninfo!". Fue demasiado. Se negó, rompiendo la tradición, que no el protocolo, a acompañarle en el almuerzo. Al fin y a la postre el alcalde no tenía ni idea de quién era aquel pájaro esquivo de la chaqueta verde al que todos parecían respetar. Y así acabó la cosa en Alcalá de Henares, sede del Cervantes.

El diario Abc, depositario desvaído de las esencias hispanas Madrid-Sevilla, dedicó a Juan Goytisolo artículos memorables de sus columnistas más salomónicos. Un tal Ruiz Quintano, haciendo de heredero voluntario de González Ruano, apuntaba a su obsesión de chico de derechas por falta de otra oferta -"cheque sí, chaqué no"- . Tan agudo que podrían incorporarle al Polònia de TV3; la traducción es lo de menos. Pero el mejor fue ese chico que se inició con un libro exultante, *Coños*, que promocionó Umbral, otra perla, y como los coños no dan para vivir, a menos que uno tenga brío y se dedique al proxenetismo, se pasó al papa Wojtyla y al santoral de un creyente obtuso aunque sólo fuera en el terreno de los libros y las televisiones. El Gobierno del PP -su partido sin rumbo

y con presidente apocado- había ejecutado “un gesto diarreico y genuflexo” al otorgar a Juan Goytisolo el premio Cervantes.

Y la mierda, qué pasa con la mierda que tanto impresionó al alcalde de Alcalá y demás autoridades. Fue una referencia feliz a los *Cien años de soledad* de García Márquez, que le venía al caso como una conclusión definitiva a los oyentes y a los periodistas que casi sin excepción manipularon el acto: “Alcanzar la vejez es comprobar la vacuidad y lo ilusorio de nuestras vidas, esa ‘exquisita mierda de la gloria’ ”.

La Vanguardia, 2 de mayo de 2015

El mandarinato exige sumisión (y 2)

GREGORIO MORÁN

10/05/2015

Nuestro mundo cultural, discreto de tamaño pero cargado de autoestima, se está haciendo cada vez más intemperante. No porque se haya vuelto más agresivo, que también, sino porque soporta con creciente violencia las manifestaciones críticas, o distantes, o displicentes. Nos exigen afirmaciones rotundas e inequívocas, esas que no son más que diversas formas de sumisión. Lo digo con inquietud: la cultura en España ha vuelto a cavar trincheras. Y es obvio que cuando digo España me refiero al conjunto, sin diferenciar a tirtios de troyanos.

La aguda reflexión de Juan Goytisolo en la concesión del premio Cervantes, su actitud, que podría resumirse en aceptar un galardón literario que concede el Estado -por mediación del Gobierno, que no hace otra cosa, o no debería hacerla, más que evaluar los valores del designado- como lo que realmente es: un reconocimiento a muchas décadas de silencio, censura, oprobio y ninguneo, y que no ha de exigir la modestia del criado veterano que agradece que al fin los

señores de la casa valoren una labor que él mismo edificó, superando las dificultades y humillaciones que le pusieron en el camino.

“Dos maneras de ser español”, escribe un plumilla que firma Álvaro Martínez en el Abc de los sábados, aquel que leemos los sadomasoquistas letraheridos porque incluye un suplemento cultural regido por el principio del compadreo y la censura explícita. Pero es lo que hay y ciegos estaríamos de no reconocerlo. Compara este colega la “españolidad” del tenista Rafael Nadal, al que Mariano Rajoy ha impuesto la “Medalla de Oro al Trabajo” (supremo sarcasmo a un joven deportista de élite, del que desconozco todo que no sean sus succulentas exhibiciones publicitarias), y que se ha deshecho en elogios a sus patrióticos promotores, y la de Juan Goytisolo, que ha tenido la osadía de decir que esta España que vivimos es un lugar “sombrio”, pero que se “lleva embuchados 125.000 euros que salen del bolsillo de los contribuyentes” (sic).

El andaba, de la ideológica sección de Deportes -los deportes forman parte cada vez con mayor contundencia de la ideología de los medios de comunicación, hecho merecedor de una reflexión demoledora sobre nuestra cultura- va aparejado de un texto en la emblemática “Tercera” del diario esencial del eje conservador Madrid-Sevilla, ilustrado con una caricatura infamante, firmado por Serafín Fanjul, de la Real Academia de la Historia, arabista, en el que en pleno ejercicio de su derecho se ensaña con Goytisolo.

“Soy barcelonés, y también parisiense. Soy ‘marrakchí’ y fui de Nueva York. No quise enraizar en la tierra. En cuanto a la lengua, sí. Mi patria es la lengua”. Así dejó escrito Juan Goytisolo hace ya muchos años su posición, que comparto plenamente. Ni me siento español, ni catalán -después de que me dijeran que no bastaba con vivir y trabajar en Catalunya sino que se exigía algo más, “sentimiento identitario “ -, ni por supuesto asturianista -me basta una semana en mi tierra para distinguir la belleza del paisaje y la arrogancia del paisanaje-.

Hace una década, tales afirmaciones no causaban el estupor agresivo que hoy provocan. Gustaran o no, nadie las entendía como provocaciones al patriotismo cerril que nos vigila. El 1 de febrero de 2003, el suplemento cultural de Abc le dedicaba media docena de páginas a Juan Goytisolo, incluido un texto suyo inédito y muy serios análisis y evocaciones de su larga vida literaria. Acababa de publicar *Telón de boca*, que tuve el honor de presentar en Barcelona, a petición suya, con el habitual éxito de crítica y público, es decir, ninguno, fuera de los presentes en la sala. Nos conocimos entonces personalmente.

Cuando se publicó el primer volumen de sus *Obras Completas* (Galaxia Gutenberg) en noviembre del 2005, participé junto a Castellet, Nuria Amat, Ridaó y Miquel Riera en el homenaje a su trayectoria, donde siempre recordaré que tuve mi primer incidente con uno de los presentes porque advertí que yo no venía allí a hacer de “palmero”, a lo que Riera respondió que él sí. Desarrollé entonces, el que para mí sería el primer acercamiento al conjunto de la obra de

Goytisolo y la consideración de que se trataba de una anomalía en la literatura española.

¿Qué es una anomalía literaria o cultural? Lo más parecido a una verruga en un terreno dominado por los mandarines. Una ruptura, una atipicidad, un desajuste en el transcurrir pautado de la vida cultural española. Entonces me preguntaba, hace más de diez años, algo que ahora tengo más claro: ¿por qué Nietzsche, por citar un ejemplo extremo, no constituye una anomalía en la cultura germánica y Max Aub lo es en la nuestra? Lo mismo sucede con Juan Goytisolo y ocurrió mucho antes con Valle Inclán. Esa tríada que rompe con una supuesta tradición, porque la anomalía no viene dada tanto por la obra del autor sino por la actitud del medio frente a ella. Hasta tal punto que su propia soledad y aislamiento acaba radicalizándola hasta extremos que los convierte en fenómenos nada generacionales, sino obligadamente analizables en su individualidad. ¿En qué carajo de esquema generacional académico metemos a Valle Inclán, Max Aub y Juan Goytisolo?

Porque lo primero que debemos explicar es que la cultura no tiene agujeros. Eso es lo terrible. Siempre está llena. No existen vacíos culturales. Por más basura y mediocridad que se advierta siempre hay novelistas, poetas, profesores, academias, escritores y editores. No hay huecos. La vida cultural en todas sus facetas siempre está llena. Lo difícil es definir de qué está llena.

Desde *Señas de identidad* (1966) hasta la *Reivindicación del Conde Don Julián* (1970) hay un esfuerzo por saltar sobre siglos de mediocridad y de atavismo, eso que conformó lo que luego se denominaría "cultura nacional católica" que tuvo en el larguísimo período franquista -casi medio siglo, que se dice pronto- su canonización, de la cual aún somos herederos y usufructuarios. Al parecer dijo en el 2001 que jamás aceptaría premios institucionales. Si es así debería explicarse: "mi situación personal ahora no es la misma que entonces".

Agradecí a Juan Goytisolo que tuviera el valor de escribir el único artículo que apareció en *El País* sobre un libro como *El cura y los mandarines. Cultura y política en España. 1962-1996*. Porque se necesita audacia y un gesto así tiene consecuencias. El mandarinato, aunque no se ejerza ni se disfrute, sino tranquilamente se conviva con él, exige sumisión y silencio. Es lo que diferencia nuestra vida intelectual de otras de nuestro entorno. Porque el valor constituye una categoría intelectual con larga prosapia, desde Mateo Alemán y Cervantes y Larra y Unamuno, hasta Luis Martín Santos, pasando por Valle Inclán y Max Aub.

Fíjense en la polémica en la que se ha metido el PEN Club internacional, la agrupación de escritores en defensa de la libertad de expresión y del que nuestros medios, hasta el día de la fecha ni siquiera han dado noticia. El PEN Club ha concedido su premio a la valentía de la libertad de expresión a Charlie Hebdo, y cinco escritores anglosajones han rechazado de plano aprobar tal concesión. Desde el australiano Peter Carey, al nigeriano-americano Teju Cole, pasando por

Michael Ondaatje, más conocido entre nosotros. Incluso les ha apoyado esa escritora de culto para muchos que es Joyce Carol Oates que declaró que Charlie Hebdo no era sino una publicación sexista y xenófoba.

Ni siquiera pagando con tu vida el esfuerzo por ser un crítico radical de los dogmas establecidos puedes considerarte a salvo. Siempre saldrá un fino establecido que te diga, que lo lamenta mucho pero que te lo tenías merecido. Goytisolo, un intelectual que lleva muchos, muchos años, escribiendo sobre la libertad del creador, que vive en Marrakech porque allí tiene a su familia y se siente bien, debería ser un patriota nacional católico o deportista o de la Real Academia, para que fuera perdonado por afirmar que este país nuestro resulta cainita y sombrío.

Fuente: La Vanguardia, 9 de mayo de 2015

Gregorio Morán, columnista habitual en el diario barcelonés *La Vanguardia* y amigo desde el principio del proyecto *SinPermiso*, fue un resistente político en el clandestino Partido Comunista de España bajo el franquismo. Periodista de investigación e insobornable crítico cultural, ha escrito libros imprescindibles para entender el proceso que llevó en España de la dictadura franquista a la Segunda Restauración borbónica. Su último libro: *El cura y los mandarines* (Madrid: Akal, 2014)